



marchándose con su hijo Childeberto II, que había sucedido á su padre Sigeberto en la Austrasia, pero la nobleza de este reino la obligó á huir á Borgoña, que despues fu é atacadaporel Austria y Neustria. Muerto Chilperico, Fredegunda escogió para tutor de su hijo menor Clotario II á Gontran de Borgoña, el cual instituyó por heredero de su reino de Borgoña á Childeberto II, que fué reconocido como tal por el tratado de Audelot, y bajo cuyo cetro se reunieron por consiguiente las dos coronas de Austrasia y Borgoña á la muerte de Gontram. Muerto Childeberto II, su reino fué dividido

entre sus hijos Teodoberto II y Teodorico II. Fredegunda reanudó la guerra y los neustrios tomaron á París; pero muerta Fredegunda Clotario perdió casi todos sus estados; Brunegilda con sus intrigas enciende la guerra entre sus dos nietos los reyes de Austrasia y de Borgoña. Clotario II recobró la Neustria, y á la muerte de Teodoberto II y Teodorico II los austrasios y borgoñones se sometieron á Clotario II, último vástago de la dinastía real. Clotario hizo morir á Brunegilda en medio de afrentosos tormentos, y reunió los reinos francos bajo su cetro el año 613.

CAPÍTULO IV

Conversion é historia de los pueblos germánicos hasta Carlo-Magno (600-800).

La historia de la iglesia ántes de San Gregorio el Grande está dividida en dos períodos: 1.º, el de las persecuciones sangrientas hasta Constantino el Grande, y 2.º, el de la tolerancia y la lucha entre la fe ortodoxa y el arrianismo; y el tercer período, que principió con San Gregorio el Grande, fué el de la conversion de los pueblos germánicos, que terminó en el reinado de Carlo-Magno. Reconocida legalmente la Iglesia en el imperio romano por Constantino el Grande, cesaron las persecuciones sangrientas suscitadas por el paganismo; pero principiaron otras producidas por la intervencion de los emperadores en la administracion y hasta en la enseñanza de la Iglesia. intervencion á la que estaban acostumbrados desde el tiempo del paganismo en cualidad de pontífices máximos, y que despues fué funesta á la Iglesia con motivo de la grande herejía que nació en el siglo IV, y que recibió el nombre de arrianismo, del nombre de su autor Arrio, sacerdote de Alejandria, el cual negó la divinidad de Jesucristo; su doctrina fué condenada por el primer concilio ecuménico celebrado en Nicea bajo el reinado de Constantino el Grande; Arrio fué desterrado, pero pronto fué llamado por el emperador, á quien habia conseguido engañar, y que desterró á San Atanasio, porque habia rehusado recibir de

nuevo á Arrio en su clero. El arrianismo halló gran número de partidarios, y á mediados del siglo IV habia sido adoptado por más de la mitad del mundo cristiano. Los emperadores Constantino, Juliano el Apóstata y Valente le favorecieron, y éste último le hizo predicar á los visigodos; combatido sin cesar por San Atanasio de Alejandria, por San Ambrosio de Milan y por el papa San Dámaso, el arrianismo perdió toda su influencia en el imperio romano bajo Teodosio el Grande; mas sin embargo dominó de nuevo en los reinos fundados por los pueblos germánicos, que le habian abrazado casi todos. El pelagianismo, que negaba el pecado original y la necesidad de la gracia para la salvacion, y que tenía por autor al monje breton Pelagio, se extendió sobre todo en África; pero allí halló un formidable adversario en San Agustin, obispo de Hipona. Dios suscitó en su iglesia gran número de hombres que la ilustraron, tanto por la santidad de su vida como por lo profundo de sus conocimientos. Tales fueron San Basilio el Grande, San Gregorio Niseno, San Gregorio Nacienceno, San Hilario de Poitiers, San Ambrosio de Milan, San Juan Crisóstomo de Constantinopla y el papa San Leon el Grande.

Las invasiones de los pueblos germánicos en el imperio romano, y la caída del imperio



de Occidente, libraron á la Iglesia de la funesta intervencion de los emperadores romanos en asuntos religiosos, pero principió para ella una nueva lucha contra la barbarie de estos pueblos, que eran ó paganos ó arrianos, y que casi todos perseguian á la religion católica. Los papas, secundados por el episcopado, se constituyeron en defensores de la poblacion católica, y lucharon con noble valor en la defensa de la civilizacion cristiana contra los nuevos dueños de Occidente. Las persecuciones ejercidas contra los católicos, por los ostrogodos en Italia, y por los vándalos en África, cesaron cuando Justiniano, despues de haber destruido estos dos reinos, los reunió bajo su cetro como provincias; pero sin embargo, la invasion de los lombardos en Italia, las persecuciones de los católicos por los visigodos en España y la conquista de la Gran Bretaña por los anglosajones, detuvieron la accion civilizadora de la Iglesia, á la vez que, dueños de Roma los emperadores de Oriente, volvieron á usurpar atribuciones sobre los asuntos religiosos. Entónces fué cuando San Leon el Grande subió al trono de San Pedro; detuvo la marcha de Atila; salvó la vida á los habitantes de Roma despues de la toma de esta ciudad por el vándalo Genserico, y con su celo, energía y actividad infatigable, contuvo la decadencia religiosa é intelectual del Occidente.

No fué sólo el celo de los soberanos pontífices y del episcopado católico el que libró á la Europa de una complela barbarie, sino tambien una institucion pequena y humilde en un principio, y que estaba destinada á ejercer una grande influencia en el mundo. La vida monástica tuvo origen en los desiertos de la Tebaida en Egipto, adonde los cristianos se retiraron, para evitar el contacto del mundo corrompido, y sustraerse á las persecuciones de los emperadores paganos. La Tebaida se llenó luego de ermitas y anacoretas, á los que San Pablo y San Antonio dieron el ejemplo de una santidad sublime, y San Pacomio reunió en habitaciones comunes, siendo así el fundador de la orden de los Cenobitas. La vida monástica se extendió de allí á todo el Oriente, y San Atanasio, desterrado de Alejandría, la dió á cono-

cer en Occidente; San Martin fundó un convento en Tours, de donde salieron otras muchas comunidades; San Patricio, discípulo de San Martin, fué el fundador de gran número de monasterios en Irlanda y la Gran Bretaña, y San Agustin propagó la vida monástica en Africa. San Basilio dió una primera regla para estos institutos, pero la falta de una organizacion completamente regular, dió lugar á algunos abusos de la vida monástica.

San Benito, por su célebre regla de la vida monástica, se hizo el reformador de las instituciones monásticas de Occidente; era natural de Nursia, en el mediodía de Italia, y á los catorce años de edad se retiró á una caverna, cerca de Subiaco (año 494), para vivir allí como anacoreta; su ejemplo y sus predicaciones reunieron en derredor de él gran número de jóvenes, de manera que pudo fundar doce conventos; pero cuando trató de introducir en ellos una regla más severa encontró tal oposicion, que tuvo que retirarse al monte Casino, donde edificó un nuevo monasterio é introdujo en él su regla de la vida monástica, que se extendió pronto á todos los conventos de Occidente, y la dió nuevo realce. Su regla estaba basada en los tres votos de castidad, pobreza y obediencia, que una vez pronunciados eran irrevocables; establecia un tiempo de prueba ó noviciado para los que se decidian á abrazar este género de vida, estableciendo que la oracion y el estudio alternasen con el trabajo manual, ocupándose además los monjes en la predicacion del Evangelio é instruccion de la juventud en las escuelas que ellos abrian. Los monjes cultivaban tambien las ciencias y las letras, y gracias á sus cuidados, una parte de la rica literatura de la antigüedad escapó de la destruccion, porque en los conventos era donde se copiaban las obras literarias que sin esto hubieran desaparecido. Los misioneros, que llevaron el Evangelio á los anglosajones, á los pueblos de la Germania y á todos los demas pueblos paganos de Europa, salian casi todos de los conventos fundados por los discípulos de San Benito.

San Gregorio el Grande era descendiente de la antigua familia de los Anicios de Roma;



tenía espíritu y carácter elevado: fué nombrado prefecto de la ciudad por el emperador Justino II, y salvó á Roma de un ataque de los lombardos; pero renunció á los honores del mundo y se retiró á un convento que habia fundado él mismo. Poco tiempo despues marchó á predicar el Evangelio á los anglosajones, en la Gran Bretaña, pero el pueblo de Roma, que le veneraba por sus virtudes, obligó al papa Benedicto I á llamarle. Fué nombrado entónces diácono de la Iglesia romana, y enviado á Constantinopla en calidad de legado, por Pelagio II, sucesor de Benedicto, allí se concilió el afecto de los emperadores Tiberio y Mauricio, á pesar de la entereza con que defendia los derechos de la Iglesia contra las usurpaciones del gobierno imperial, y contrajo amistad con San Leandro, arzobispo de Sevilla en España, que con tanto celo trabajó más tarde en la conversion de los visigodos. Vuelto más tarde á Roma, volvió á entrar en su convento, y á la muerte de Pelagio II (año 590), fué elevado al trono pontifical por la voz unánime del clero y del pueblo de Roma: pero él rehusó esta alta dignidad y huyó á los Apeninos, hasta que descubierta en su retiro fué llevado á Roma y consagrado papa á pesar suyo. Las circunstancias en que San Gregorio subió al trono pontificio eran de las más críticas. La Gran Bretaña habia caido en la barbarie por la invasion de los anglosajones que habian destruido allí casi por completo el cristianismo; los reinos francos estaban asolados por guerras intestinas, y hasta al mismo clero habia alcanzado la corrupcion general que en ellos habia; una gran parte de Italia habia caido en poder de los lombardos arrianos, que perseguian la religion católica y amenazaban sin cesar á Roma con sus ataques; el imperio griego se debilitaba, y apenas se defendia de una parte contra los persas y de otra contra los ávaros; la misma Santa Sede estaba siendo el blanco de las medidas arbitrarias decretadas en Constantinopla, medidas que coartaban la libre accion de los soberanos pontífices, de quienes se queria hacer instrumentos para conseguir fines políticos, y por último, una peste, de la que habia muerto el papa Pelagio II,

asolaba á Roma y una parte de la Italia. Era necesaria toda la energía de carácter y toda la actividad de un pontífice como Gregorio el Grande, para hacer frente á tan grandes dificultades.

La solicitud de S. Gregorio el Grande se extendió á todos los países cristianos desde la extremidad de la Escocia hasta los desiertos de África, y desde el Océano Atlántico hasta el Indo; se dedicó especialmente á restablecer la unidad de fe, combatiendo en Africa la herejía de los donatistas, teniendo la dicha de volver á casi todos á la Iglesia; puso fin al cisma de Aquilea, cuyo obispo y muchos sufragáneos habian rehusado reconocer las decisiones del quinto concilio ecuménico reunido en Constantinopla. Con objeto de poner fin á los desórdenes que desolaban los reinos francos, escribió á sus príncipes y sus obispos, y envió al abad Ciriaco para restablecer la disciplina entre el clero franco; gracias á su celo y actividad principió la conversion de los anglosajones, y abandonaron el arrianismo los lombardos y visigodos, abrazando la fe ortodoxa. Reprimió con energía la ambicion del patriarca Juan de Constantinopla (llamado Saynnador), que se daba el título de obispo ecuménico, y para dar ejemplo de humildad, se dió á sí mismo el título de siervo de los siervos de Dios. Demostró la misma firmeza en sus relaciones con la corte de Constantinopla, protestando contra el edicto del emperador, que pretendia prohibir á los funcionarios públicos abrazar el estado eclesiástico, y tomó bajo su proteccion á los habitantes de Italia y Sicilia, que estaban expuestos á las vejaciones de los gobernadores imperiales, pero al mismo tiempo sostuvo la autoridad de los emperadores en Italia contra los ataques de los lombardos. La ciudad de Roma experimentó tambien los efectos de su actividad; edificó hospicios para los ancianos y casas para huérfanos; su esmero por la educacion le valió el bello título de patron de la juventud y de las escuelas; trasformó su palacio en convento, y se rodeó de hombres distinguidos por su piedad y sabiduria. En medio de tantas y tan diversas ocupaciones, S. Gregorio el Grande compuso obras teológicas que le colocan en uno de los primeros puestos entre los doctores



de la Iglesia, y halló tiempo para ocuparse de la reforma del canto religioso, componiendo el canto llano llamado gregoriano, que aún conserva su nombre y está en vigor en la Iglesia; el culto público fué también realzado y ganó en esplendor y dignidad. Por eso con razon la posteridad ha dado á Gregorio el sobrenombre de Grande, así como sus virtudes le han colocado en el número de los santos. Su pontificado no duró más que quince años.

Las guerras entre los anglo-sajones y bretones en la Gran Bretaña habían durado más de un siglo y habían sumido á este país en la barbarie, porque los anglo-sajones profesaban el paganismo, y los bretones se habían hecho más salvajes desde que se habían refugiado en las montañas y selvas, y el clero breton se había corrompido y se deshonoraba con su propia conducta. S. Gregorio el Grande, que había querido predicar él mismo el Evangelio en estas lejanas comarcas, envió allí, después de su elevacion al trono pontificio, al monje Agustin con cuarenta misioneros. Etelberto, rey de Kent y tercer bretwalda, casado con Berta, princesa católica, abrazó el cristianismo con diez mil nobles, y nombró á Agustin arzobispo, fijando éste su silla en Cantorberi, capital del reino de Kent. Saveret, rey de Essex, siguió el ejemplo de su tío Etelberto, y nombró á Mellitus primer obispo de Londres, que era su residencia. Agustin convocó á un sínodo al clero breton para reformarle y hacer que se conformase á las prácticas de la Iglesia romana para los ritos del bautismo y tiempo paschal; pero ellos rehusaron reconocer su jurisdicción y unirse á él para trabajar en la conversion de los anglo-sajones. A la muerte de Etelberto, su hijo Edbaldo apostató, pero fué vuelto al cristianismo por Lorenzo, sucesor de Agustin. El cristianismo no tardó en penetrar en el norte de Inglaterra, y Edwin, rey de Nortumbria, y cuarto bretwalda, se hizo bautizar, gracias al celo de su mujer Etelberga, hija de Etelberto, rey de Kent, y á la actividad del misionero Paulino, que después fué nombrado obispo de York. Poco tiempo después, el rey de Est-Anglia, Corpwal, abrazó también el cristianismo.

La conversion de los principes anglo-sajones había sido rápida, y la autoridad del poderoso Bretwalda Edwin, rey de Nortumbria, había sido respetada en toda la Gran Bretaña hasta que Penda, que acababa de ocupar el trono de Mercia, tomó las armas en defensa del culto pagano, aliándose con los bretones, que aunque paganos se unieron á él por vengarse de los anglo-sajones: la guerra duró veinte años y en ella murieron sucesivamente los principes cristianos. En la batalla de Heathfield (año 633) murieron Edwin y su hijo Offriedo, y entonces se dividió la Nortumbria, restableciéndose los dos reinos de Deiria y Bernicia. Oswald los reunió de nuevo (635) y alcanzó una victoria sobre Penda cerca de Hexham; pero más adelante, reanudada la guerra con Penda, murió Oswald en una batalla, se dividió otra vez la Nortumbria, y su hermano Oswin fué rey de Bernicia. Penda alcanzó algunas victorias sobre la Est-Anglia, y terminó una guerra con Oswin por medio de un tratado de paz (año 652). Peada, hijo de Penda, se casó con la hija de Oswin y abrazó el cristianismo; después tuvo lugar la última guerra entre Oswin y Penda, en la que murió éste en la batalla de Leeds, desapareciendo con él el paganismo. Oswin tomó el título de Bretwalda, y no sólo aseguró el triunfo del cristianismo, sino que logró realizar la union del clero breton con el clero anglo-sajon (año 664) en el sínodo de Witby, convocado y presidido por Wilfriedo, arzobispo de York. Luégo que murió Oswin desapareció la dignidad de Bretwalda, y con ella toda la union que había entre los principes anglo-sajones. Desde entonces fueron tres los reinos que se disputaron la dominacion de la Gran Bretaña; la Nortumbria, al N.; la Mercia, en el centro; y el Wessex en el mediodía del país.

El cristianismo cambió enteramente el carácter de los anglo-sajones, que de paganos, crueles y bárbaros se trasformaron en cristianos celosos. Más de treinta reyes y reinas de los anglo-sajones cambiaron el trono por el claustro, y dieron ejemplo al mundo de una gran piedad. Una multitud de misioneros salieron de la Gran Bretaña durante los siglos



VII y VIII para llevar el Evangelio á los pueblos paganos de la Germania y de la Escandinavia. La esclavitud fué abolida entre los anglo-sajones y se establecieron relaciones pacíficas entre ellos y los bretones; se fundaron bastantes monasterios, y en ellos se cultivaron las ciencias y las letras. El célebre Alcuino, que más tarde trabajó con tanto celo de concierto con Carlo-Magno en la regeneracion intelectual del Occidente, fué alumno de la escuela de York, dirigida por el arzobispo Egberto.

Los dos primeros sucesores de Oswin, Egberto y Alfredo, reyes de Nortumbria, aun cuando no llevasen el título de Bretwaldas, conservaron, sin embargo, la supremacia que ejercieron desde medio siglo sobre los demas principes anglo-sajones, y emprendieron guerras afortunadas contra los pegtes, los bretones y las tribus belicosas de Escocia; pero al principio del siglo VIII estallaron largas guerras civiles, que trajeron la decadencia del reino y le entregaron á las piraterías de los normandos ó daneses, viéndose obligados los reyes de Nortumbria á reconocer la autoridad de Egberto, rey de Wessex. La Gran Bretaña gozaba en esta época de gran prosperidad intelectual, siendo cultivadas las ciencias y las letras en la escuela archiepiscopal de Yorck, ilustrada por sabios como Beda, Egberto, arzobispo de Yorck, y Alcuino. Numerosos misioneros y los dos santos Edwald, San Willibrord y San Lulles salieron de los monasterios de la Nortumbria para predicar el Evangelio á los frisios y sajones. En la Mercia no penetró el cristianismo sino después de la muerte de Penda, y su sobrino y sucesor Etevaldo aprovechó la decadencia de la Nortumbria, y sometió á su autoridad á todos los principes anglo-sajones, ménos á los de Nortumbria y de Wessex; le sucedió Offa, uno de sus parientes, el cual combatió con buen éxito contra los bretones en el país de Gáles, é hizo levantar una muralla en los confines de este país, con objeto de poner su reino al abrigo de las invasiones de estos belicosos vecinos; vivió en tiempo de Carlo-Magno y mantuvo con él relaciones amistosas: pero á su muerte surgieron guerras intestinas, y la Mercia principió á decaer, siendo bien

pronto presa de Egberto. El reino de Wessex, en el mediodía de la Gran Bretaña, tuvo que sostener desde luégo largas guerras con los bretones en Cornuailles, y hácia principios del siglo VIII el rey Yua llegó á extender su dominacion sobre todas las comarcas comprendidas entre el Támesis y la Mancha, obediéndole los reyes de Sussex y de Kent; este principe dió las primeras leyes escritas á los anglo-sajones, y en su tiempo vivió Winfriedo, el que bajo el nombre de Bonifacio fué el apóstol de la Germania. Las guerras intestinas que surgieron á la muerte de Yua, producidas por la constitucion, que era una monarquía electiva sin dinastía real, pusieron en peligro la independencia del reino, amenazada por los entonces poderosos reyes de Mercia; pero se abrió una nueva era para el reino al advenimiento de Egberto, que había vivido bastantes años con Carlo-Magno, obligado á ello por las anteriores guerras intestinas. Egberto, sometiendo á su cetro á los otros principes anglo-sajones, fué el verdadero fundador de la monarquía de Inglaterra á principios del siglo IX.

Las persecuciones religiosas del rey Leovigildo y el martirio del principe Hermenegildo, aceleraron la conversion de los visigodos. Recaredo, hermano de San Hermenegildo, apenas subió al trono, reunió en Toledo una asamblea general de obispos y señores, y en ella hizo pública profesion de la fe católica y abjuracion del arrianismo. Desde entonces Toledo fué el lugar elegido para las asambleas nacionales, compuestas del clero y la nobleza, y que se llamaron concilios de Toledo. El ejemplo de Recaredo fué seguido por la mayor parte de la nacion goda, gracias al celo del obispo San Leandro, de Sevilla, alentado por el papa San Gregorio el Grande. Los arrianos suscitaron entonces muchas revueltas, pero Recaredo los venció y trabajó después, hasta que consiguió la fusion de los visigodos con la antigua poblacion de España; con este objeto conservó la constitucion germánica, pero con la legislacion romana, que fué la misma para los dos pueblos, y substituyó la lengua germánica con la española, que está basada en la latina, formando de este modo la nacionalidad española, que



llegó á un alto grado de prosperidad, á pesar de los muchos obstáculos creados por las revueltas interiores ocasionadas por la constitucion del reino: porque los reyes electivos bajaban por dejar la corona á sus hijos, y á esto se oponian los nobles, fundándose en que todos tenian el mismo derecho al trono. Recaredo hizo la guerra á los vascos, pueblo ibérico, que habia habitado las orillas del Ebro, y que despues, huyendo de las armas romanas, se habia refugiado en la parte occidental de los Pirineos, recibiendo de ellos este país el nombre de Vizcaya. Gracias á la situacion de este país, se defendieron contra los romanos y conservaron su independenciam, habiéndose de contentar éstos, así como más tarde los visigodos, con imponerles un tributo los primeros, y los segundos con tomarles sus dos más principales ciudades, Pamplona y Zaragoza. Hacia fin del siglo VI, los vascos principiaron á invadir el mediodía de la Galia y se establecieron poco á poco en una parte de la antigua Aquitania, que recibió el nombre de Gascuña (Vasconia); imponiéndoles un tributo los reyes francos. Hacia la misma época invadieron tambien el reino los visigodos. Divididos los vascos en tribus independientes, permanecieron paganos hasta el siglo VIII. Recaredo murió despues de un reinado de quince años, dejando el trono á su hijo Liuva II, que fué desde luégo reconocido sin oposicion.

Liuva II perdió el trono y la vida á consecuencia de una revuelta promovida por los arrianos y el partido noble, que temia que la corona se hiciese hereditaria: colocaron en el trono á Witerico, pero habiendo querido este príncipe restablecer el arrianismo, fué asesinado y reemplazado por Gundemaro.

El arrianismo se extinguió casi por completo en el reinado de este príncipe valiente, que combatió con buen éxito contra los griegos en la Bética y contra los vascos. Su sucesor, Sisebuto, sujetó las tribus vascas de la Cantabria y quitó á los griegos todas sus posesiones de España, á excepcion de algunos puertos de mar en las costas de los Algarbes; fué el que dió la primera ley contra los judíos, que eran muy numerosos en España, y se habian hecho culpables de usura; en virtud de esta ley, los que

no se bautizaban eran muertos ó desterrados, y por esta razon, los obispos, que no querian que fuesen bautizados á la fuerza, se opusieron á esta medida. Sisebuto hizo reconocer, viviendo él, á su hijo Recaredo II por sucesor suyo; pero este príncipe murió pocos meses despues que su padre. Suintila expulsó á los griegos y tuvo guerra tambien con los vascos; fué sabio y generoso, valiéndole esto el sobrenombre de padre de los pobres; asoció al trono á su hijo Ricimer, pero esto promovió un alboroto de los nobles, que dieron muerte al rey y á su hijo. Le sucedió Sisenando, y en su tiempo los concilios de Toledo dieron várias leyes con el fin de evitar los trastornos que acompañaban ordinariamente á las elecciones reales, é impusieron penas civiles y eclesiásticas á los que alterasen el orden público; pero estas leyes no dieron el resultado apetecido, y las turbulencias continuaron con frecuencia, siendo éstas y la proscripcion de los judíos las principales causas de la decadencia de la monarquía, porque los judíos que abrazaban el cristianismo exteriormente, se hicieron los enemigos más encarnizados de los cristianos, y los desterrados que se refugiaron en África se unieron despues á los árabes y les ayudaron en la conquista de España. Chintila, que sucedió á Sisenando, renovó las leyes contra los judíos, y su hijo Tulga, que le sucedió, fué destronado por la nobleza, á la cabeza de la cual se hallaba el valiente Chindasvinto.

La decadencia del reino de los visigodos se contuvo, y España prosperó, como veremos en los capítulos sucesivos, consagrados á nuestra historia patria con especial detenimiento, durante más de treinta años bajo los reinados de Chindasvinto y Recesvinto; el primero de estos príncipes, aunque no tenía más que veinticuatro años, sin embargo, reprimió con energía la licencia de la nobleza, que creia poder desafiar impunemente la autoridad real; hizo ejecutar á doscientos nobles y quinientos hombres libres, confiscando sus bienes, por no querer someterse, y desterró á otros muchos; renovó las leyes contra los promovedores de motines, que fueron amenazados con la pena capital; á consecuencia de esto muchos nobles emigraron y se



refugiaron en África y en la Galia, pero quedó restablecida la autoridad real. Tres años ántes de su muerte Chindasvinto cedió el trono á su hijo Recesvinto, el cual siguió las huellas de su padre, aunque dulcificando algun tanto la severidad de las leyes dadas por éste; permitió á muchos desterrados volver á España: completó la legislacion escrita aboliendo toda distincion entre los godos y los romano-españoles; tuvo guerras afortunadas contra los vascos; favoreció las letras aumentando las ricas bibliotecas que existian en muchos conventos, y murió sin disponer nada para su sucesion. Á su muerte se renovaron las disensiones interiores, que apresuraron la decadencia de la monarquía. La nobleza recobró su independenciam, y hasta el mismo clero, olvidando su mision, se hizo guerrero desde el momento en que Wamba por medio de una ley le obligó al servicio de las armas; este rey habia aceptado la corona á la fuerza; sofocó una sublevacion de los señores de la Septimania, y puso en huida á la primera flota árabe que abordó á las costas de España. Este príncipe fué destronado por su pariente Ervigio, y acabó sus dias en un monasterio. El nuevo rey se vió obligado á aumentar los privilegios de la nobleza; cedió la corona á su yerno Egica, y se retiró á un convento. El gobierno de Egica fué muy tiránico, y en su trascurso se notó una grande decadencia moral y disolucion política. Los judíos desterrados en África tramaron una conspiracion, entraron en relaciones secretas con sus antiguos correligionarios de España, y se coaligaron con los árabes en África. Witiza sucedió en el trono á su hermano Egica; su tiranía y corrompidas costumbres promovieron un alzamiento general, á cuyo frente se puso Rodrigo, que consiguió destronarle y sucederle. Los partidarios de Witiza se retiraron al África con D. Julian, gobernador visigodo de Ceuta, y llamaron á los árabes en su auxilio; éstos entraron en España, y D. Rodrigo, que los salió al encuentro, murió en la batalla que se dió en Jerez de la Frontera. Los árabes, vencedores, tardaron poco en hacer la conquista de toda España.

Los lombardos habian sujetado completamente la poblacion de las comarcas conquista-

das en Italia, sin que existiera relacion alguna entre vencedores y vencidos, á causa de la diferencia de lenguas, costumbres, instituciones, leyes y religion. Los lombardos eran medio arrianos, medio paganos, y perseguian á los antiguos habitantes del país que eran católicos; esta barrera, que separaba los dos pueblos, cayó luégo que el rey Agilulfo fué convertido por su mujer la reina Teodelinda: esta piadosa princesa, que despues de la muerte de su marido se encargó del gobierno del reino en nombre de su hijo menor Adevaldo, trabajó de concierto con el papa San Gregorio el Grande en la conversion del pueblo; sin embargo, esta obra de conversion hizo progresos muy lentos, porque la mayor parte de las sillas episcopales estaban ocupadas por los arrianos; más adelante Rotaris, duque de Bressa, que subió al trono casándose con Gundeburga, hija de Teodelinda, trató de restablecer el arrianismo; así es que hasta fin del siglo sétimo, puede decirse que no desapareció completamente esta herejía (1).

La independenciam de que gozaban los duques lombardos, y la constitucion de la monarquía, que era electiva, fueron la causa de muchos trastornos en el interior, á la vez que continuaron las guerras contra los griegos. El rey Agilulfo atacó á Roma, que no se salvó sino por la intervencion del papa San Gregorio el Grande; este pontífice logró tambien atraer á una paz á los lombardos y la corte de Constantinopla. Muerto Agilulfo, su esposa Teodelinda fué regenta del reino, por ser menor de edad su hijo Adelwaldo, y cuando murió esta princesa, el jóven rey fué depuesto y muerto, siendo elevado al trono el duque Ariovaldo de Turin, yerno de Teodelinda; durante el reinado de éste, imperó la paz é hizo progresos la conversion del pueblo; á su muerte los duques

(1) Reyes de los lombardos: Agilulo de Turin (591-616). Adevaldo (616-625). Adelwaldo de Turin (625-636). Rotaris de Bresse (636-652). Rodualdo (652-653). Ariperto I de Baviera (653-661). Bertario y Gundeperto (661-672). Grimoaldo de Benevento (662-671). Garipaldo (671). Bertaris vuelto al trono (671-680). Cuniperto (680-700). Lindeperto (700-701). Regimperto (701). Ariperto II (701-712). Ausprando (712). Sinprando (712-741); partió el trono con Hildeprando (736-744). Rachis (744-749). Aistolfo (749-756). Desiderio (*Didier*) (756-774).